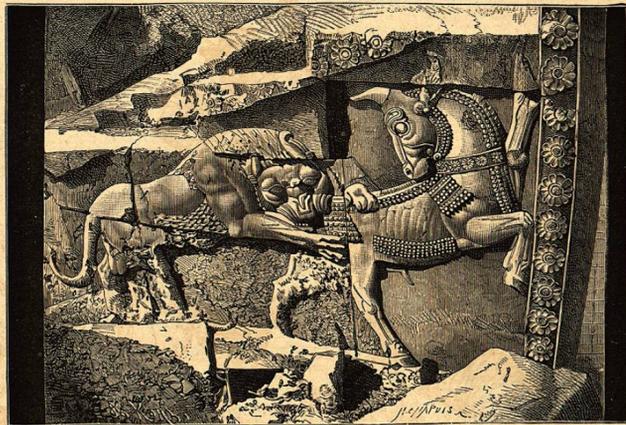


aun hoy día realizan los *shahs* de Persia y los *rajahs* de la India. Los soldados ojeaban las fieras, y las acorralaban de tal suerte, en un sitio señalado de antemano, que el rey, sin gran riesgo, podía matar á la feroz alimaña.

Las inscripciones rebosan elogios enfáticos acerca del valor de aquellos soberanos en sus combates con las fieras. Pero un bajo relieve de Koïoundjick nos proporciona la clave del enigma, mostrándonos á las fieras exánimes, ó bien arrancadas las pezuñas, luchando con aquellos soberanos que juzgaban como timbre de orgullo, y que enaltecía á su prosapia, el continuar



Bajo relieve venatorio asirio

muros rojos, en que la reina Nicotriz se hallaba pintada, atravesando una pantera con la lanza.

Los animales cazados por los asirios fueron el león, el leopardo, toro salvaje, el antilope, ciervo, gamo, jabalí y liebre. Los leones abundaban en el Asia Occidental, donde hoy son raros. Las cazas reales tenían lugar en parques cerrados por altas murallas, por donde vagaban considerable número de leones.

Los reyes acudían á la caza, montados sobre sus carros de guerra, llevando gran número de carcajes llenos de flechas.

Terminadas las cacerías, animado cuadro, que sólo puede reproducir con los brillantes colores de su paleta el artista, los reyes eran aclamados y tributaban gracias á los dioses, haciendo libaciones sobre el cuerpo de sus víctimas.

Otros animales venatorios eran cazados á flechazos,

en sus anales el número de alimañas muertas por su mano.

Las esculturas de los soberbios palacios de Nimroud y de Khorsabad, descubiertos por Layard y Botta, encierran numerosas huellas de las empresas venatorias asirias hace unos treinta siglos.

A tal extremo llegaron las aficiones venatorias, que multitud de personajes que figuran en tales esculturas llevan, en sus trajes, bordados con dibujos de escenas cinegéticas (1).

Diodoro, en su análisis sobre la historia de Ctesias, pone en boca de éste la descripción de su palacio, de

cogidos con el lazo ó trampa, ó degollados por perros de talla y aspecto formidables (2).

No carecen de importancia las siguientes noticias acerca del suelo y aspecto de las comarcas asirias en la antigüedad. No se concibe la caza sin escena venatoria (3).

La región que baña el Éufrates y el Tigris fué cuna de las más afejas civilizaciones del Asia. Allí florecieron la Asiria y Caldea.

El Éufrates y el Tigris, después de haber seguido su curso por las altas mesetas de la Armenia, se acercan

(1) *A popular account of discoveries at Nineveh by A. H. Layard.*—London, 1854.

(2) Se leen curiosas noticias en un artículo del *Illustrated London news* (Enero de 1857) titulado: *A glance at the zoological representation, of the Nineveh bas reliefs.*

(3) *Les peuples dans l'antiquité*, par Ménard.

para formar al mediodía, entre llanuras arenosas, frecuentado sólo por tribus nómadas, un oasis semejante al del Nilo en Egipto. Esta comarca es muy baja; y, además de los dos ríos que la riegan, había antiguamente un sinnúmero de canales que llevaban por doquier las aguas, fertilizando el país y facilitando en gran manera las comunicaciones.

«El Éufrates,—dice Estrabón,—es navegable hasta Babilonia. Los persas, para impedir que se remontara

la corriente del río, fabricaron cataratas artificiales, que Alejandro, más tarde, destruyó. El Éufrates experimenta una crecida que comienza durante la primavera y dura hasta el verano, en que el Sol funde las nieves en Armenia. Los campos se hallarían sumergidos y convertidos en lagos si no se diese salida al agua, merced á canales; pero, á despecho de esto, existen grandes lagunas.»

Abundaban los pájaros acuáticos de diversas clases,



La caza del tigre en Asiria

como la cigüeña, el alcatraz, y numerosas palmípedas.

La caza se realizaba unas veces desde la orilla, valiéndose los cazadores de telas, dispuestas con tosco artificio, pero supliendo el continuado manejo la deficiencia del aparato; y otras por medio de flechas ó palas.

Pero la caza acuática más común era navegando por el Tigris ó el Éufrates. Usábanse unos barquichuelos largos y estrechos, encorvada la punta por sus extremos, semejantes á los que pueden verse en un bajo relieve que existe en el museo del Louvre, en París. La

parte delantera del barco representa la cabeza de un caballo, sostenido por delgado y largo cuello; y la parte posterior termina con la colá de un pescado.

En estas navecillas, movidas por rémos, los cazadores asirios recorrían el dédalo de canales que surcaban aquella fértil comarca; y, entre las yerbas, plantas y flores que brotaban en las amenas orillas, levantábanse abundosas palmípedas, que caían en el agua ó bien en el suelo, heridos por el mortífero dardo ó flecha.

Ocioso es pintar una serie de cuadros de una civilización que ya desapareció. Las borrosas piedras, los

bajos relieves y frisos sepultados en los suelos, y descubiertos merced á la diligencia de infatigables asiriólogos, dan una pálida idea de lo que serían las expediciones venatorias, aun las más sencillas y poéticas, realzadas por el lujo oriental de los pobladores de Nínive y Babilonia.

Cuando alboreaba y se teñía el horizonte de colores rosados, la añeja Kalakh aparecía bella y hermosa, llena de palacios, atestados de pinturas y esculturas, esmaltes, maderas talladas, oro, rivalizando en esplendor y lujo con sus procesiones de esfinges, leones de piedra, obeliscos, santuarios, torres sagradas, de diversas hechuras y formas; formando un conjunto fantástico, que hacía soñar con un país de hadas.

La campiña se poblaba de dulces rumores, las aguas del Éufrates reflejaban su feraz vegetación, y comenzaba por los canales el movimiento y la vida.

Pues bien: uno de estos hermosos días de primavera, de perfumado ambiente y sublime poesía, Assour-nazirpal salía de su palacio con su vistosa comitiva, turba de cortesanos. El Rey llevaba como emblema las alas, señal de su poder y majestad divina; y sobre su carro flotaba una ave.

El monarca invoca á Assour, dios de los asirios, para que le sea propicia la expedición venatoria; y, seguido de sus hombres de guerra, se dirige al encuentro de las feroces alimañas que destrozan el ganado ó bien matan á los inermes asirios; expediciones, por punto general, poco peligrosas para tales ejércitos, y cantadas sobradamente por toda suerte de ditirambos, legados á la posteridad por medio mármoles y piedras esculpidas.

Otras veces la expedición venatoria no tenía otra escena que las hermosas orillas del río, donde se levantaban tiendas de todos colores, bordadas de oro y pe-

drería, reflejando el agua variados y deslumbradores tonos y matices. Allí la comitiva sentaba sus reales, comenzando la caza de las miserables aves que poblaban en gran abundancia aquellos sitios, oyéndose los chillidos de las aves y sus gritos de dolor, mezclados con el alboroto y zambra que movían los personajes de la regia comitiva.

Otras veces el monarca se embarcaba en ligerísimas naves, y surcaba las aguas del Tigris, ó del Éufrates, ó de la multitud de canales que fertilizaban aquella comarca, persiguiendo sobre el cristal de las aguas, y á impulsos de los remos, á centenares de cigüeñas, patos y diversas zancudas; oyéndose en la orilla los murmullos de la multitud, que contemplaba arrobada el magnífico espectáculo que ofrecía una corte espléndida embarcada en infinitas naves de púrpura y oro, surcando rápidamente, bajo un cielo purísimo y azul, rodeado de hermosa naturaleza, y divisando allí á lo lejos las maravillas arquitectónicas de Babilonia y Nínive ó Kalakh, y oyéndose dulcísimos cantos y músicas, y el enervante aroma de las flores y el incienso de los pebeteros.

Tarea de nunca acabar sería el describir cuadros venatorios de la Asiria, inspirados por los modernos descubrimientos y por los restos de aquella civilización que se pueden ver y descifrar en los restos preciosos que atesoran los museos de París y Londres, y reproducidos en multitud de eruditas obras.

La afición venatoria de los asirios, ya lo hemos dicho, excede á toda ponderación, y bien podemos calificar á aquel pueblo, como uno de los más señoreados por la pasión de la caza; y sus monarcas y grandes personajes tuvieron á tanto orgullo inscribir el número de las batallas ganadas como el recordar de un modo imperecedero sus expediciones venatorias.



EL VUELO DE LAS BECADAS, POR A. DE RIQUER